

Ígneo

Capítulo VIII: El Centro

Ender aspiró el aire fresco de la ciudad. Olía a nuevo, a que el tiempo estaba cambiando, y debajo de esos aromas también percibía el miedo, el dolor y la esperanza. Y no pudo nada más que sonreír ante esto.

No podía parar de pensar hasta el punto al que habían llegado: eran los primeros esclavos libres del mundo. Habían conseguido pagar su propia libertad, a cambio de un alto precio, es cierto, pero no podía mirar si no con satisfacción a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

El Imperio había caído. Esas palabras eran impensables hacía un par de años y, sin embargo, era completamente cierto. Y nadie podía negar que ellos habían tenido un importante papel en ello.

Ahora los palacios estaban habitados por aquellos que nada habían tenido en su propiedad. Los alimentos eran repartidos cada día, sin escatimar en ellos, las medicinas administradas rápidamente a todos los que lo necesitaban y habían comenzado a establecerse escuelas donde los niños comenzaban a aprender. Sin embargo, todos estos esfuerzos eran pequeños y poco dirigidos. Porque seguían en guerra.

Los esclavos todavía no habían terminado de ser libres. Aún tenían poderosos enemigos que trataban de poner fin a su recién adquirido derecho. El Puerto y la Sociedad de Mercaderes parecían completamente dispuestos contra ellos.

Ender sabía los problemas a los que se enfrentaban: los comerciantes no eran estúpidos ni confiados como habían sido los imperiales. Estaban preparados y contaban con todas sus fortunas para apoyar la guerra que se estaba desarrollando.

El gladiador sabía que no podría haber acuerdo entre ellos, los esclavos de la ciudad no estarían a salvo hasta que no tuvieran el control completo de Androl y los comerciantes no cederían un paso en ello.

Su mirada se dirigió hacia la Plaza Imperial. Estaba rebosante y se había constituido como el auténtico corazón del Centro, como había comenzado a denominarse la zona de control de los esclavos en la ciudad. La enorme plaza acogía las principales actividades: los repartos de alimentos y mercados estaban en la zona sur, justo delante del Palacio Imperial. En la parte norte se reclutaban y entrenaban a los soldados del ejército de los esclavos, al este podían encontrarse cientos de niños jugando mientras que el oeste constituía la zona más organizada: donde se construían las principales maquinarias de guerra. Y en el medio de la plaza estaba la zona más divertida para la mayor parte de la población: las hogueras y horcas, donde cada día se producían ejecuciones de los enemigos, desde comerciantes, mercenarios como ricos o imperiales. Allí se exponían los cuerpos de la familia imperial, ya apenas convertidos en unos pobres huesos con la piel completamente descompuesta en un turbido color verde y morado y la carne abotargada mientras las moscas rondaban en torno a sus regios cuerpos.

Pero por fin, los esclavos estaban donde pertenecían, ellos levantaron todos los edificios de la ciudad, ellos cultivaron la comida, y cuidaron de los caballos, limpiaron los suelos y mantuvieron en condiciones las murallas. Ellos habían sido la argamasa que había mantenido la ciudad unida mientras el Imperio languidecía. Incluso habían sido el

comercio que había permitido que Androl continuara siendo fuente de riquezas. Pero por fin había cambiado el juego.

Ender vio como a lo lejos Aem se acercaba hacia él. Aem era uno de los aprendices de gladiadores, bastante sádico, a decir verdad, pero siempre con una sonrisa en el rostro. Aem había sido su mano derecha durante todo el proceso del planteamiento del levantamiento y había demostrado ser completamente leal y dispuesto a todo. Ahora, con el establecimiento del nuevo orden, constituía uno de los comandantes de las tropas en las batallas contra los mercaderes. Solía estar en las calles y plazas combatiendo, cosa que a Ender a veces le daba bastante envidia, podía estar en acción, sintiendo la sangre bullir contra su cuerpo y el sudor sobre su frente. Por el contrario, él había sido retirado a una segunda línea de batalla, la de la estrategia, ahora era una especie de general y coordinaba todos los ataques y estrategias de conquista de la ciudad, por lo que su espada había sido sustituida por los mapas, los pensamientos y las noches en vela cavilando los próximos movimientos. Tampoco se quejaba excesivamente de esto, durante toda la vida había sido obligado a matar contra su voluntad, no lo echaría de menos, pero es cierto que aún sentía el impulso de la lucha, de la sangre. Se lo habían introducido en la carne a base de latigazos, le habían enseñado a ser violento y sanguinario, tardaría mucho tiempo en poder quitarse todo aquello de su propio ser.

- Buenos días mi general – dijo Aem con una sonrisa pícaro.
- Te he dicho cientos de veces que no me llames así – contestó con una carcajada – no tengo que estar por encima de ti.
- Ya lo creo que sí – contestó este aumentando aún más su sonrisa.
- ¿Cómo van los combates? – aunque sabía perfectamente la respuesta.
- No es necesario que te lo diga – dijo el joven mientras jugaba con una pequeña daga entre sus dedos. - Como en las últimas semanas, apenas conseguidos ganas un palmo de terreno cada día, por cada enemigo que matamos tres mercenarios lo sustituyen. Es horroroso, no sé de donde salen tantos.

Ender asintió, aquella situación se estaba alargando demasiado hasta el punto de que comenzaba a impacientarse. Desde luego el Puerto era la auténtica fortaleza de defensa contra los esclavos, y no parecía que eso fuese a cambiar en el corto plazo.

Cuando comenzó la revuelta Ender solo había contemplado dos posibilidades: o bien rápidamente se hacían con el control de la ciudad o bien eran aplastados fulminantemente. Pero en ambas todo sucedía rápido. Pero la situación actual se alargaba demasiado. No podían establecer un nuevo orden basado en la igualdad de los esclavos si estaban en guerra en la misma ciudad.

De repente comenzó a oírse un murmullo, que aumentó hasta convertirse en gritos. Por un momento el gladiador se puso en tensión y llevó su mano hacia la espada que siempre llevaba encima, pero tras escuchar con atención su mano se detuvo. No eran gritos de dolor o de miedo, más bien eran una especie de abucheos y de risas.

Aem también parecía curioso y juntos miraron hacia la parte sur de la ciudad, por donde parecía que los gritos habían comenzado.

Pronto se enteraron de qué se trataba: eran dos soldados a caballo, con las insignias del Gremio que avanzaban orgullosamente hacia el centro de la plaza, detrás suyo, cada uno

llevaba atados con una cuerda y obligándolos a caminar, a dos figuras, completamente sucias y humilladas. Los gritos de la multitud iban dirigidos hacia ellos.

Ender tardó apenas un segundo en darse cuenta de por qué les gritaban: observó sus ropajes, completamente destrozados pero que aún podía distinguirse entre ellos el símbolo del Emperador. Imperiales.

Esperó a que los soldados llegaran a su altura, al instante desmontaron y saludaron calurosamente al gladiador:

- ¡Buenos días! En esta buena mañana os traemos un regalo – dijo mientras señalaba hacia los prisioneros.
- Pensaba que ya habíamos acabado con ellos -dijo Ender con una sonrisa. - ¿De dónde los habéis sacado?
- No te lo vas a creer, pero los pocos que quedaban se organizaron muy bien, apenas serían un par de centenares, pero atacaron a la Puerta Sur.
- ¿A la Puerta? ¿Estaban locos?
- Eso pensábamos, pero conservaban sus destrezas en la lucha ya que nos obligaron a retroceder y causaron muchas bajas.
- ¡Vaya con los Imperiales! – dijo en voz más elevada el gladiador – Les quitas la cabeza a su Emperador y parece que se vuelven locos.

A su alrededor se provocó una risotada mientras el esclavo miraba orgulloso a su alrededor.

- Fuisteis unos cobardes – se escuchó una débil voz entre el jolgorio que se había congregado. - No sois más que unos cobardes.

Ender no tardó en localizar aquella voz. Como no podía ser de otra manera, se trataba de uno de los prisioneros. Una mujer. Una imperial se había atrevido a contestarle.

- Silencio compañeros, por favor, que la imperial tiene algo que decir – dijo el gladiador mientras trataba de silenciar momentáneamente a la muchedumbre. - Repítelo.
- ¡Sois unos cobardes! – gritó. Pareció que en aquello gastó sus últimas fuerzas porque cayó al suelo entre los abucheos de los esclavos.

Ender se acercó a ella y por primera vez se fijó en los prisioneros, a pesar de las duras condiciones a las que habrían sido sometidos, parecían bastante íntegros, eso tenía que concedérselo. Sin embargo, tampoco era un logro muy digno ya que ambos estaban pálidos, ojerosos y sus huesos resaltaban contra la piel, pero por lo menos estaban de una pieza. Por un lado, estaba la mujer que había gritado, que ahora yacía tendida sobre el suelo, por el otro estaba el otro prisionero que parecía un soldado joven, apenas acababa de salir de la adolescencia, pero su actitud era muy distinta, trataba a duras penas de mantenerse en pie, pero ocultaba su rostro, mirando hacia el suelo y tratando de pasar desapercibido.

- Levántate prisionera – sin embargo, parece que su orden no tuvo una respuesta adecuada.

El gladiador agarró el cabello de la imperial y tiró de ellos hasta que su rostro quedó mirando hacia el cielo.

- Te he dicho que te levantes – dijo fríamente. - Vas a aprender que cuando se te ordena, obedeces. Es lo primero que me enseñaron.

A duras penas lo consiguió, pero se mantuvo de pie. En su mirada todavía podía sentirse el orgullo del Imperio, aquella chispa que les impulsó a conquistar todo a su alrededor. Aún podía notarse aquel sentimiento que había construido las guerras y la esclavitud como sus mayores legados.

- ¿Cuál es tu nombre imperial? – preguntó suavemente el gladiador, mientras a su alrededor se continuaba manteniendo aquel extraño silencio. - ¡Contesta!
- Treana – contestó, en su voz podía adivinarse el desprecio que desprendía.
- Muy bien Treana, prodigio de los ejércitos del Emperador. Puedes hacer el favor de repetir eso que habéis dicho antes.
- Sois unos cobardes – volvió a repetir. Los gritos y abucheos llovieron desde las filas de los esclavos, pero Ender los hizo callar con un gesto. – Matasteis a sangre fría al Emperador.

Ender no pudo hacer más que soltar una leve carcajada sarcástica.

- ¿Cobardes? – dijo el gladiador. – Podemos ser muchas cosas, pero desde luego no somos unos cobardes. Enfrentarnos a soldados armados, a la guardia personal del Emperador, luchar por nuestra libertad. No es de cobardes. Yo mismo asesiné a ese malnacido y te puedo asegurar que llegar hasta él provocó la muerte de gente mucho más noble de corazón, aunque sus orígenes fueran muchos más humildes.

Treana simplemente escupió contra el suelo. Ender, sin perder la calma se acercó hacia ella y la golpeó salvajemente con un puñetazo. Su cuerpo cayó pesadamente sobre el suelo. Por un momento parecía que estaba muerta, pero movió ligeramente la cabeza.

- Aprenderás a tener más respeto. Nos habéis tenido destrozados y explotado durante siglos, no vengáis ahora con juicios de moral. Nos acusan de brutales, cuando solo estamos devolviendo una ínfima parte de lo que hemos recibido. No tienes derecho a llamarnos cobardes por defendernos. Y no pienso tolerarlo.

La prisionera continuó sin apenas moverse. Mientras el otro soldado trataba a duras penas de pasar desapercibido a pesar de que atraía cada vez más las miradas de los esclavos que se hallaban a su alrededor.

- ¿Habíais dicho que esto era un regalo? – preguntó Ender hacia los soldados del Gremio.
- Sí – contestó uno de ellos. – el Maestre ha dicho que lo sabríais apreciar. Podéis hacer con ellos lo que queráis.
- ¡¿Habéis oído?! – gritó Ender a la muchedumbre. - ¡El Gremio nos ha regalado a este par de imperiales!

Los gritos de euforia comenzaron a extenderse por toda la plaza. Un fervor comenzó a recorrer a los esclavos.

- ¿Y qué hacemos nosotros con los imperiales? – preguntó Ender.

- ¡Hoguera! -gritó una voz.

Al momento no fue la única, si no que comenzaron a corearse rápidamente entre sí. Los gritos reclamando para el pueblo la vida de los imperiales pronto comenzaron a propagarse como el fuego por toda la plaza.

Ender sonrió:

- El pueblo ha hablado, vais a acompañar a vuestro Emperador.

El proceso no se hizo derogar mucho tiempo, toda la información que poseían ya se la habían dado a los miembros del Gremio. No hubo ningún tipo de juicio. Obviamente eran culpables de ser imperiales y la sentencia era la muerte por ello. Y en esta ocasión la hoguera parecía por aclamación popular el método que se iba a utilizar.

Tardaron poco tiempo en hacer una gran pila de madera y telas en el centro de la plaza. Había un único poste, sobre el que colocaron una cadena. Desde luego no iba a ser una forma agradable de morir.

Cuando los ataron el soldado perdió por completo la poca estabilidad mental que le quedaba, suplicando por su vida. Gritó con todas sus fuerzas, insultó a sus padres y al Imperio, pero lo único que consiguió fue desencadenar las risas y la burla del público.

Treana tampoco podía mantenerse de una pieza, parecía que trataba de no sucumbir a la locura, pero sus ojos no paraban de recorrer a la multitud en busca de una salida. Cuando vieron junto a su hoguera los cadáveres mutilados y putrefactos de la familia real, comenzó a vomitar mientras los esclavos se reían. Incluso a Ender le pareció gracioso.

Ambos quedaron allí atados y los rociaron con aceite.

Ni siquiera los dejaron decir sus últimas palabras, no hubo ningún discurso. Simplemente, alguien lanzó una antorcha y al instante las llamas se elevaron contra el cielo. El soldado perdió por completo los nervios, sus gritos no paraban de aumentar junto con el humo.

Treana por fin sucumbió, comenzó a retorcerse de dolor, apretando su cuerpo contra las cadenas que la aprisionaban, aunque su carne se destrozara y comenzará a sangrar por todos los poros de su piel.

Cuando el fuego comenzó a lamerlos a ambos, sus gritos asolaron por completo toda la plaza, convirtiéndose en los auténticos protagonistas. Los del soldado se apagaron antes, y mientras el rostro y los ojos de la imperial se deshacían como la cera ante su mirada, Ender podría jurar que le había parecido escuchar una leve súplica en el último momento.

Tras las ejecuciones la gente volvió rápidamente a sus puestos habituales, como si no acabara de pasar nada. Como si todo fuese exactamente igual que hacía unos instantes.

- Desde luego, aquí sabéis como tratar a esos perros del Imperio – dijo el soldado del Gremio, podía notar su mirada satisfecha.
- Años de rencor acumulado tienen que salir de alguna manera – contestó seriamente Ender. – Muchas gracias por el regalo, ha sido excepcional. Un saludo de hermanamiento para el Gremio.

Se retiró hacia el Palacio Imperial, como aún se le continuaba llamando.

“El Palacio Imperial sin ningún Imperio que gobernar” pensó Ender “tendríamos que cambiarle el nombre por uno más adecuado”.

Llegaba tarde a la reunión. Mientras pensaba en una buena excusa se dijo que no habría nada más justificante que ejecutar a Imperiales.

Las reuniones no solían tomar muchas decisiones: normalmente las asambleas eran las que tomaban las guías para casi todos los aspectos. Sin embargo, los asuntos militares y de la seguridad seguían tratándose en un comité mucho más privado.

Ender solía estar cómodo en estas reuniones, sin embargo, en esta ocasión era distinto, iban a recibir a un representante de un movimiento que había comenzado a surgir entre algunos esclavos. Por lo que había oído hablar de ellos no iba a ser algo muy afable.

Cuando entró en la pequeña sala solamente estaban cuatro personas: por una parte, Numbia, una esclava proveniente de las lejanas tierras del Norte, a pesar de que su familia llevaba generaciones siendo esclava aún podía notarse el orgullo de su pueblo, antiguamente libre y poderoso hasta que fue sometido al yudo del Imperio. A Ender le gustaba el modo de actuar de la esclava, no era muy metódica pero siempre llevaba ella a la práctica todo lo que quería, no delegaba sus tareas en nadie y era bastante trabajadora. Durante años había trabajado en las galeras del Puerto por lo que ahora resultaba muy útil para proporcionar información contra los mismos.

Apoyado contra la pared estaba Ynu, de unos cincuenta años que había sido de los más poderosos organizadores de la revolución en la sombra. Controlaba muy bien todos los rumores e informaciones y sabía a cada momento que sucedía en cualquier parte de la ciudad, solía decir que esta habilidad le venía de su esclavitud, ya que era el ayudante de cámara de un gran señor, al que por supuesto se encargó personalmente de eliminar durante el alzamiento.

Por último, el viejo Ortren estaba sentado en una silla de madera. Ortren no era un gran estratega y solía quejarse de que sus huesos estaban demasiado mayores para todo lo que había sucedido, pero era indudable que sus labores eran imprescindibles: se encargaba de coordinar las asambleas, de que se organizaran la distribución de alimentos, alojamientos y en definitiva de organizar la nueva vida de la ciudad. Y no parecía haber nadie más adecuado para ese puesto. Junto a él estaba Gatiana, su fiel mano derecha que ayudaba a mantener el funcionamiento de toda la ciudad.

- Aem se unirá a la reunión de hoy – dijo Ender señalando a la figura que le seguía.
 - Él nos informará detalladamente de lo que sucede en el Puerto.

Los cuatro presentes asintieron sin demás problemas. Aem no era especialmente afable, pero era la mano derecha de Ender y uno de los más fieles luchadores por la revolución, era habitual poder encontrarlo en aquellas reuniones.

- Estarán a punto de llegar los invitados – dijo Ynu mientras miraba hacia la puerta.
 - No creo que se retrasen mucho más.

Parecía como si lo que acabara de pronunciar y alguna clase de hechizo de hiciera realidad porque al instante la puerta se abrió dando paso a tres figuras que entraron rápidamente en la estancia.

Eran dos hombres y una mujer, y miraban preocupadamente hacia todos lados. Parecían bastante inseguros y su lenguaje corporal no ayudaba a mejorar la situación. Cuando por fin uno de ellos se atrevió a hablar su tono de voz trataba de ser firme, pero simplemente se desvirtuaba en una especie de débil susurro que trataba de mantener un poco de autoridad.

- Buenos días, estimados miembros – comenzó a pronunciar.
- Esas formalidades aquí sobran – indicó Ender. – Todos somos esclavos, no somos ni estimados ni mucho menos superiores, puedes dirigirte a nosotros sin ningún tipo de fórmula de cortesía.

El esclavo interrumpido tardó un momento en acomodarse a esa nueva forma de hablar, pero continuó:

- Somos Ahau – dijo señalándose a sí mismo y posteriormente señaló primero al hombre y por último a la mujer. - Y estos son Chac e Itza.
- Encantados de conoceros hermanos – dijo afablemente el viejo Orten. – No tengas miedo, esto es un espacio seguro, podrás decir lo que quieras sin peligro.

El esclavo tragó saliva por un momento y continuó:

- Representamos a un pequeño movimiento de los esclavos, somos unos cuantos que no estamos contentos con el ritmo que están llevando las cosas.

“Por fin comenzaba a explicarse” pensó hastiado Ender, ya le había llegado rumores de que algunos esclavos estaban indignados, no muchos, pero por fin se atrevían a informar de ello.

- ¿Y exactamente por qué? – preguntó Ender.
- Por las ejecuciones – dijo Ahau, por un momento pareció haber conseguido algo de tono en su voz, pero al ver la dura mirada del gladiador esta volvió a caer sin ningún tipo de control en su pozo de susurros. – Consideramos que todo esto está siendo demasiado brutal, el trato hacia los ricos y los nobles es inhumano, salvaje, las ejecuciones masivas que se han llevado a cabo contra todos los imperiales. No nos parece lo correcto, ellos también son personas.

Por fin, lo había oído de sus labios se dijo a sí mismo el gladiador. Durante los últimos días había escuchado que algunos esclavos estaban en contra de la violencia que se estaba llevando a cabo contra los imperiales y los ricos. Obviamente estos esclavos que se quejaban eran algunos de los que más cómodamente habían estado durante el régimen, criados personales de los más ricos de la ciudad, o simplemente aquellos que habían tenido suerte y sus amos no los habían maltratado brutalmente. Y habían comenzado a quejarse al ver como sus antiguos señores comenzaban a morir, como si les tuvieran algún tipo de cariño o respecto.

- Creemos que podría ser todo de forma mucho más pacífica – terminó por decir Ahau. - Ellos también fueron parte de nuestras familias y no merecen que los eliminemos de esa manera.

Un silencio incómodo se extendió por toda la sala. Por un momento parecía como si el tiempo se fuera a detener permanentemente en ese estado, como en una especie de sueño de cristal. Pero una voz se atrevió a interrumpirles.

- No sois más que unos traidores – pronunció Aem como si sus palabras fueran un lento veneno. – Merecéis la misma suerte de aquellos a los que defendéis. No sois más que los perros que gimotean por los restos del Imperio, dais asco.
- ¡Aem! -dijo Ender con un tono disciplinario. – Tienen el derecho a expresar su opinión, y estamos aquí para respetarla de todas las maneras.
- Lo que decís puede tener sentido, pero estamos en una situación límite que requiere medidas extremas – dijo Numbia como una voz racional. – La violencia no es la mejor solución, pero es la única herramienta que el destino nos ha proporcionado.
- Y bastante buena – dijo Aem con una sonrisa cínica.
- Debéis entender – dijo Ender cogiendo el turno de palabra. – Que la libertad de la que estamos gozando ahora mismo es algo muy preciado, muy valioso y muy frágil de mantener, no en vano para conseguirla hemos tenido ni más ni menos que derrotar al mayor Imperio que se había alzado sobre la faz del mundo. Y mantener esto va a costar muchos más sacrificios de lo que esperabais.
- Pero todas estas muertes – intervino de nuevo Ahau. – No están justificadas.
- Claro que lo están – dijo Ender. – mientras quede un imperial en el mundo, nosotros no estaremos a salvo. Mientras las ideas de esclavitud sigan en las mentes, nosotros no podremos dormir tranquilos. Puede parecer la solución más salvaje pero lo más adecuado que puedo ver como solución es conseguir nuestra libertad con fuerza, con flores es imposible llegar a ningún lado.
- He visto morir ante mis ojos a mi propio amo, que fue como un padre para mí.
- ¿No lo ves? – le dijo Ender. - El simple hecho de que fueras de su propiedad es el mayor crimen que se puede conocer en el mundo, una total abominación. No se puede poseer un cuerpo, una mente, un espíritu, no se puede controlar la sangre que corre por las venas ni el latir de un corazón, no se puede detener un torrente de pensamientos. Pero ellos hicieron que todo eso fuera de su propiedad, puede que te cuidara bien e incluso que se portara bien contigo, pero no dejabas de ser un objeto de su propiedad. Con simplemente eso han destruido cualquier tipo de humanidad que les quedaba en su cuerpo y, por tanto, no voy a tener ningún arrepentimiento de verlos morir.

La tensión había aumentado hasta niveles insostenibles. Todos parecían incómodos en sus puestos y ninguno se atrevía a dar el siguiente paso.

- Hemos dicho nuestras reclamaciones – terminó por decir Ahau. - Si no se tiene en cuenta tendremos que comenzar a evaluar otras estrategias.
- No te preocupes, tendremos en cuenta lo que decís – contestó Ender.

Los representantes se marcharon, dejando a los miembros con su silencio.

- No podemos hacer caso a esos locos, están completamente cegados por su vida anterior – dijo Ynu. - Pero parece que nos han dado una amenaza velada.

- Deberíamos tener en cuenta por lo menos alguna parte de sus exigencias, tal vez un poco más de misericordia – dijo el viejo Orten. – Tal vez los esclavos hemos sido demasiado brutales en algunos puntos.
- Por favor, tú también no Orten -dijo Ender. - Si comenzamos a perdonar a imperiales o mercaderes ya sabéis como va a terminar esto, conseguirán envenenar el nuevo sistema, siempre lo han hecho. Pero es cierto que tendremos que tener en cuenta sus exigencias.
- Cierto, pero tenemos actualmente un tema más urgente entre manos – dijo Numbia. - Aem, infórmanos sobre cómo van los combates contra los mercaderes.

El joven gladiador hizo un breve resumen de los acontecimientos más importantes: el avance de los esclavos era casi ridículo y el Puerto se veía cada vez más reforzado por los mercenarios que llegaban por miles desde el mar.

- Tenemos que acabar con ellos cuanto antes – dijo Ynu. – No podemos dejar que esta situación se alargue, nuestros recursos son limitados y no podemos mantener una guerra durante mucho tiempo dentro de los límites de Androl.
- Eso es verdad – le contestó Numbia. – Pero es cierto que no sabemos qué estrategia llevar ante esta situación.

Ender carraspeó llamando la atención de todos los presentes.

- Es algo en lo que llevo pensando y es cierto que necesitamos terminar de ganar la ciudad cuanto antes, por ello propongo algo muy simple pero efectivo: un ataque frontal, potente y definitivo.

El silencio se hizo por un momento en la sala antes de que todos intentaran hablar a la vez:

- ¡Pero como vamos a hacer eso! – exclamó Orten. – Es una completa locura y un suicidio.
- Ender, eso es muy peligroso, jugarnos todo a una carta – dijo Numbia.
- Podría funcionar. Tal vez es una locura, pero mejor que estar como ahora – dijo Ynu.

Comenzaron a discutir entre sí, sin ningún tipo de orden.

- Creo que es la mejor opción – dijo Gatiana, siendo la primera vez que pronunciaba palabra. - Podría resultar.
- Puede parecer una masacre – Ender se explicó. – Pero todavía gozamos de superioridad numérica, tenemos el apoyo del Gremio y nuestras provisiones aún son abundantes. No sé si dentro de un mes podremos estar diciendo lo mismo.
- Pero los mercaderes son muy poderosos – dijo el viejo Orten. – significará la muerte de miles de personas.
- No contamos con el factor sorpresa – dijo Aem. – Ya no podemos contar con esa baza como al principio de la revolución. Ahora es una batalla, una lucha por saber quién gana y enfrentándonos con todo lo que tenemos tal vez podríamos ganar.
- Pero, ¿y el Distrito Arcano?

- Continúan sin darnos información – explicó Ender. – No tenemos información de que hayan ayudado a los mercaderes por lo que no podemos tenerlo en cuenta. Este es nuestro momento. Una única batalla final. Esa es nuestra oportunidad.

La estupefacción se adivinaba en el rostro de todos. Las discusiones se alargaron durante varias horas más, hasta que finalmente, sabiendo que no podrían poner nada en claro, decidieron retirarse cada uno a dormir.

Ender indicó a Aem que lo siguiera. Le gustaba poder conversar con él de todo y hacerse una idea de lo que opinaba.

- Creo que va a ser difícil convencer a todos de que la batalla es la mejor opción – dijo Aem con un extraño tono serio en su voz.
- No te preocupes por eso, atenderán a razones – dijo Ender mientras sonreía a su acompañante. - Tengo mucha capacidad de persuasión. Sin embargo, me gustaría que opinaras sobre esos esclavos tan preocupados por los ricos.
- Ya dije todo lo que pensaba, no son más que traidores. Te has mostrado demasiado benevolente con ellos, ¿cómo piensas aceptar sus propuestas?
- No pienso hacerlo, simplemente trataba de calmar la situación. La verdad es que opino como tú.
- ¿Y qué vamos a hacer?
- Son un peligro, en este momento no son muchos, pero a la gente le cuesta entender por qué llevamos a cabo la revolución de esta forma y es posible que puedan engatusar a muchos más entre sus filas y eso sí que sería un problema. Hay que pararles los pies ahora mismo.
- ¿Qué sugieres? – preguntó Aem con una sonrisa pícaro en el borde de su rostro.
- Han venido tres de sus representantes a advertirnos. Desgraciadamente mañana con la primera luz del sol solamente uno de ellos despertará, espero que así comprendan la lección.

Aem soltó una carcajada mientras tocaba con su mano la daga que siempre portaba. Apenas un intercambio de miradas después y desapareció entre las sombras del palacio, hacia las callejuelas de Androl donde siempre podía ocurrir un accidente entre las sombras. O en este caso dos.

Ender sonrió mientras miraba como el joven se alejaba como una sombra.